

ct

Nacimiento

de
Antonio Morcillo López

(fragmento)

Salón de casa. Dos sillones de orejeras, rojos y desgastados. Una lámpara de pie. Al fondo, una puerta de color blanco. Sobre una mesita baja, un monitor a través del cual se oye, de forma entrecortada, la voz de Carmen cantando una nana. Teo escucha en silencio sentado en uno de los sillones. En un momento dado, se deja de oír la voz monitorizada. Silencio. Desde el fondo, aparece Carmen. Cierra con cuidado la puerta y camina lentamente hasta sentarse en el otro sillón, intentando no hacer ruido.

TEO

¿Cómo ha ido?

CARMEN

¿Cómo ha ido?

TEO

¿Se ha dormido?

CARMEN

¿Cómo ha ido?

TEO

Sí. Cómo.

CARMEN

Ha ido bien. Ha ido muy bien. Ha ido estupendamente, ha ido como tenía que ir. ¿Qué más quieres saber?

TEO

¿Si se ha dormido?

CARMEN

Sí. Se ha dormido.

TEO

Muy bien. Gracias. Entonces. Podemos. *Silencio.* Te he oído.

CARMEN

¿Qué?

TEO

Cantar. Por el monitor.

CARMEN

Le gusta que le canten antes de dormir.

TEO
Sí, lo sé.

CARMEN
Le ha costado dormirse.

TEO
Yo también le he cantado. Antes.

CARMEN
Te he oído.

TEO
Le gusta que le canten.

CARMEN
Estaba muy inquieto.

TEO
¿Has cerrado la puerta?

CARMEN
La he entornado.

TEO
Tenemos que acordarnos siempre de no cerrar la puerta.

CARMEN
No la he cerrado.

TEO
Sólo digo que a veces nos olvidamos, te olvidas.

CARMEN
Yo nunca me olvido de cerrar la puerta.

TEO
Muy bien. Yo sólo te lo recuerdo, nos lo recuerdo.

CARMEN
Yo también nos lo recuerdo, te lo recuerdo.

TEO
No me molesta que lo hagas.

CARMEN
A mí tampoco.

TEO

Lo prefiero.

CARMEN

Yo también lo.

TEO

Sino el niño se despierta en medio de la noche y se encuentra con la puerta cerrada.

CARMEN

Impotencia.

TEO

Trauma, desesperación.

CARMEN

De todas maneras, tenemos los monitores para oírlo.

TEO

Los monitores no te salvan de despertarte en medio de la oscuridad más absoluta.

CARMEN

Tiene una pequeña lámpara en su habitación. Lo sabes perfec.

TEO

Era una forma de hablar.

CARMEN

Sabes que no me gusta.

TEO

¿El qué?

CARMEN

Que hables así, utilizando formas, diciendo cosas que no son verdad.

TEO

A veces para expresar adecuadamente una cosa tienes que exagerar otra.

CARMEN

Pues no me gusta.

TEO

No me fío de estos aparatos.

CARMEN

No te fías de estos aparatos, ¿desde cuándo?

TEO

Desde que los compraste.

CARMEN

Los dos los compramos.

TEO

Los dos entramos en la tienda, pero tú los compraste.

CARMEN

¿Y eso qué importa? Fue una decisión consensuada.

TEO

Por supuesto, nosotros siempre consensuamos nuestras decisiones en lo que respecta a nuestro hijo.

CARMEN

¿Y te molesta?

TEO

Yo sólo constato.

CARMEN

¿Quieres una tiranía? ¿Quieres ser tú el tirano?

TEO

Sabes perfectamente que amo la democracia.

CARMEN

Eso no se desprende de tus palabras.

TEO

No distorsiones mis.

CARMEN

Sólo exagero una cosa para explicar otra de forma adecuada.

TEO

Yo sólo.

CARMEN

Constato que eres un demócrata.

TEO

Sólo digo que el niño debería poder desplazarse, sin trabas de ningún tipo, desde su cama a nuestra habitación cuando reina la terrible oscuridad bíblica. Todo niño debería tener ese derecho. Nuestro hijo también.

CARMEN

Te juro por Dios que yo esta noche no le he puesto ninguna traba para que pueda ejercer ese derecho. Créeme.

TEO

Te creo.

CARMEN

Le he dejado la puerta entornada para que pueda huir de la terrible oscuridad bíblica, si así lo decide.

TEO

Te creo.

CARMEN

No, no me crees.

TEO

Te creo. La has entornado. Tú tampoco te fías de estos monitores.

CARMEN

No, no me fio.

TEO

Estamos de acuerdo.

CARMEN

Sí.

TEO

Lo hemos consensuado.

CARMEN

Deberías confiar más en la gente.

TEO

¿Qué gente? La única gente que me queda es el cartero cuando me trae una carta certificada. ¿Quieres que confíe en el cartero? ¿Qué le invite a tomar un café y me cuente su vida?

CARMEN

En mí. Deberías confiar más en mí.

TEO

En ti confío plenamente. ¿Y tú? ¿Confías en mí?

CARMEN

No me queda otra.

TEO

No sabes lo que me alegra oír esas palabras. Voy un momento al baño.

Teo se levanta, va hacia al fondo y comprueba que la puerta está entornada. La abre un poco. Después, regresa y se sienta de nuevo en el sillón. Silencio.

CARMEN

¿Estaba cerrada?

TEO

¿Sabes? Me duele cuando orino.

CARMEN

¿Cistitis?

TEO

Quizá tendría que ir al médico.

CARMEN

Nunca se sabe.

TEO

Mañana mismo llamo.

CARMEN

Si lo haces, avísame, ¿quieres?

TEO

¿Avisarte?

CARMEN

Tengo que contarte un par de cosas de la medicina moderna.

TEO

¿Cosas? ¿Qué cosas?

CARMEN

Han añadido algunas máquinas y procedimientos desde la última vez que fuiste. Ya no interpretan las vísceras de los animales, ni recogen directamente las hierbas que te recetan.

TEO

Y, entonces, ¿qué coño hacen?

CARMEN

Analizan la sangre, te fotografían por dentro.

TEO
Hostia puta.

CARMEN
También se lavan las manos con jabón cada vez que te tocan.

TEO
¿Qué?

CARMEN
Yo de tú me lo pensaría dos veces antes de llamarlos.

TEO
¿Y los conjuros?

CARMEN
Nada. Desaparecieron cuando convirtieron todo el asunto en estudios universitarios.

TEO
¿En serio?

CARMEN
No quiero que te lleves un susto.

TEO
Cabrones.

CARMEN
También han desaparecido los sacrificios en lo alto del monte. Toda la antigua parafernalia.

TEO
Creen haber inventado la penicilina.

CARMEN
Presuntuosos.

TEO
¿Le has tapado?

CARMEN
No. No le he tapado.

TEO
¿Por qué? Deberíamos tapparle.

CARMEN
No creo que.

TEO
Cubrirlo un poco.

CARMEN
Te he entendido a la primera, cariño.

TEO
Vamos a cubrirlo.

Teo amaga con levantarse.

CARMEN
¡Espera! *Pausa.* Aún no.

TEO
¿Qué quieres decir con *aún* no?

CARMEN
Pasa mucho calor por las noches. Déjale respirar un poco.

TEO
¿A cuánto está la calefacción?

CARMEN
¿A cuánto está la calefacción?

TEO
Sí, ¿has tocado la calefacción?

CARMEN
No, no he tocado la calefacción, ¿y tú?

TEO
¿Para qué iba a tocar la calefacción?

CARMEN
¿Para qué? Para asarlo como un pollo. Para eso.

TEO
No confías en mí.

CARMEN
No me queda otra.

TEO
Voy a cubrirle.

CARMEN

La calefacción está a veintidós grados, ¿de acuerdo? No le cubras con una manta. Aún no. Se asará de calor. No podrá respirar.

TEO

Veintidós grados.

CARMEN

Sí.

TEO

¿No pasará frío?

CARMEN

Puedo poner la calefacción a veinticinco grados, si quieres.

TEO

¿Veinticinco? Muy bien.

CARMEN

¿Quieres que entre en esa habitación oscura y suba la calefacción a treinta y cinco grados centígrados?

TEO

No, definitivamente.

CARMEN

No me cuesta nada. El sistema lo permite.

TEO

Veintidós grados está bien.

CARMEN

Veintidós grados está bien.

TEO

Veintidós grados es perfecto.

CARMEN

Veintidós grados es perfecto. *Teo se levanta precipitadamente y entra en la habitación. Silencio.* ¿Recuerdas a Ana? ¿Ana, mi amiga del gimnasio? ¿La bipolar? Teo *regresa y se sienta a su lado.* Está embarazada.

TEO

Veintitrés es perfecto.

CARMEN

Inseminación artificial. Después de tres años fornicando sistemáticamente entre el ocho y el veinte de cada mes. Sin éxito. Los días de luna llena no había manera de localizarla. No sé qué guía terapéutico le había dicho que los plenilunios eran propicios. No sé cuánto dinero se han gastado entre unas cosas y otras. Pidieron un crédito, vendieron la casa de sus padres. Tres, cuatro millones por lo menos. Estaba tan desesperada que pensó en pedirle a un amigo un poco de semen para inyectárselo directamente en la vagina con una aguja hipodérmica. Intenté convencerla de que no lo hiciera, pero no sé si me hizo caso. *Silencio*. No puedes imaginarte la cantidad de parejas que hoy en día hacen lo mismo. No lo de inyectarse semen con una aguja, sino lo de la inseminación artificial. La única manera de que sean felices es teniendo un hijo. No saben qué hacer con sus vidas sin un niño correteando por la casa. Están desesperados. Luego, cuando por fin lo tienen, cuando por fin han cumplido su sueño, no le hacen ni puto caso. El niño de los cojones que no se calla vete a tu habitación a jugar un rato y déjame en paz. No tienen tiempo para ellos. Ya no es tan interesante. O se les mueren en la bañera mientras están viendo la película de la semana. O se les caen por las ventanas. No te puedes imaginar la cantidad de niños que se caen por las ventanas mientras sus padres se están dando una buena ducha. O mientras fornican para traerle un hermano al niño que en ese momento se les acaba de estrellar contra el suelo. Lee el periódico. Ayer mismo. Hace unas horas. Mira las noticias. Cada día. En estos precisos momentos. Es tremendo. Cada diez segundos muere un niño en extrañas circunstancias, que luego no son tan extrañas, no sé dónde lo he leído. *Silencio*. Pero ellos se empeñan en tenerlos. Ellos necesitan tenerlos. No lo entiendo. En serio. Son unos inconscientes. Los niños son armas de destrucción masiva para cualquier matrimonio, pareja o amancebamiento. También son muchas más cosas, por supuesto. Lo mejor que a uno le puede pasar en la vida y todo eso. Entiéndeme. A nosotros nos ha cambiado la vida y eso ha sido muy bonito y muy transformador, ¿no es cierto?

TEO

¿Perdona? ¿Qué es lo último que has dicho?

CARMEN

Transformador.

TEO

Sí, claro. Por supuesto. Gracias.

CARMEN

¿Ha sido o no ha sido maravilloso verlo crecer?

TEO

Definitivamente, ha sido maravilloso.

CARMEN

¿Y no nos llevaremos ese maravilloso recuerdo a la tumba?

TEO

Absolutamente. Nadie nos puede quitar eso.

CARMEN

Pero no todo es de color de rosa.

TEO

No. Eso es cierto.

CARMEN

Con un hijo se acabó el hacer cosas juntos, por ejemplo, se acabó el follar juntos, se acabó cualquier cosa *juntos* en cualquiera de sus manifestaciones. Por no hablar de la tensión, la ansiedad. La primera cosa que piensas cuando tienes un hijo es en la posibilidad de perderlo. Es así. Quién diga lo contrario, miente. No puedes relajarte, no puedes terminar de disfrutar *el momento*, ¿entiendes? Tienes que estar concentrada. Pendiente de todo. Cualquier noche de invierno puede morir asfixiado en sus propios vómitos. El autobús que le trae de campamentos puede caerse por el barranco. Morir sepultado por un alud de nieve, destrozado por el derrumbe del techo del gimnasio. ¿Me explico? Cada edad tiene su peligro. No puedes ser feliz *por completo*. No te lo permites. Retienes. Retienes la felicidad, igual que el cuerpo retiene líquidos. Porque piensas que la felicidad de la que estás disfrutando es una inteligente maniobra de distracción del destino para joderte la vida. Eso te agota. Te agota la espera continua del infortunio, la continua construcción mental de la tragedia. Considerarlo *todo* te agota. Te destroza el cuerpo, lo primero. Te envejece. Toca mis cervicales. Dos piedras. Ya no tengo cuello, sino una columna trajana medio en ruinas. ¿Crees que no me cuido? ¿Crees que no me embadurno de cremas cada noche? Da igual. Mi piel se ha convertido en un papiro chamuscado. Es cierto. Por no hablar de ti. No quiero hablar de ti, pero tú has engordado veinte o treinta kilos, por lo menos. Te pareces a tu padre, pero apaleado. ¿No haces deporte? Te matas a correr, nadas cada día mil quinientos metros. Y mírate. Lo que antes era una melena rizada y negra como el tizón, ahora es una esporádica mata blanquecina. ¿Por qué? La tensión, la ansiedad. Es agotador. Y, sin embargo, repetiríamos la experiencia si pudiéramos, ¿no es cierto?

TEO

No podemos.

CARMEN

Ya, pero si pudiéramos, la repetiríamos, ¿no?

TEO

Por supuesto.

CARMEN

Si pudiéramos volver atrás, quiero decir.

TEO

No podemos.

CARMEN

Ya, pero si pudiéramos.

TEO

No podemos.

CARMEN

Estoy diciendo si pudiéramos, si pudiéramos, ponte en el supuesto, de acuerdo, volveríamos a hacer lo mismo, ¿verdad?

TEO

Pero, ¿para qué voy a ponerme en el supuesto de algo que es imposible? ¿De qué sirve eso?

CARMEN

Tú hazlo, de acuerdo. ¿Volverías a hacer lo mismo?

Silencio.

TEO

Lo siento. No sé qué esperas de mí.

CARMEN

¿A estas alturas del partido? Nada. Que digas: por supuesto, lo volvería a hacer.

TEO

Por supuesto, lo volvería a hacer.

CARMEN

Pero no podemos volver atrás.

TEO

Incluso así.

CARMEN

No puedes. Es imposible.

TEO

No importa. Lo volvería a hacer.

CARMEN

Eres un cabezota.

TEO

No tienes fe.

CARMEN

No entiendes nada.

TEO

Lo volvería a hacer.

CARMEN

En el caso de que pudieras, pudiéramos hacerlo otra vez.

TEO

Incluso si no fuera sí.

CARMEN

Eres tenaz.

TEO

Por supuesto.

CARMEN

El veintiocho de junio de mil novecientos catorce.

TEO

¿Dónde estamos ahora?

CARMEN

Veintiocho de junio de mil novecientos catorce.

TEO

¿No nos hemos ido muy atrás, cariño?

CARMEN

Cuando miro todas esas parejas. Me acuerdo del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del trono del Imperio austro-húngaro. El veintiocho de junio de mil novecientos catorce. En Sarajevo. El comienzo de la Primera Guerra Mundial. Todas esas parejas. Me recuerdan a aquellos pobres soldados desfilando entre vítores hacia una de las mayores carnicerías de la historia. Alguien tendría que avisarles. Alguien tendría que decirles: “¡No lo hagáis! ¡Os espera una muerte horrorosa! “Volved a vuestras casas y escondéis dónde nadie pueda encontraros!” *Pausa.* Pero tampoco sé si eso hubiera servido de algo. Ellos hubieran seguido desfilando por las grandes avenidas repletas de gente, entre vítores y guirnaldas, bajo el estruendo de la orquesta, tremendamente felices... ¿Has visto las imágenes? Pues eso es una clase de parto. Alguien tendría que avisarles. Aunque no sirviera de nada. Alguien tendría que escribir un folleto explicando de qué va realmente el asunto. Barro, hambre, mutilación, locura, alienación. Todo el día bajo el bombardeo de la artillería alemana. Un eterno Verdún, eso es la maternidad.

TEO

El Somme, las Ardenas.

CARMEN

Pero no todo es de color negro.

TEO

No. Por supuesto.

CARMEN

También hay momentos de gloria.

TEO

Momentos irrepetibles.

CARMEN

Epifanías.

TEO

Revelaciones.

CARMEN

Imposibles de describir. *Silencio*. No se pueden describir. Como cuando. Como cuando. Como cuando. Como cuando viene corriendo y te abraza. *Llora en silencio*. Te diré una cosa. La gente que no tiene niños no soporta que los que tenemos hablemos tanto de nuestros retoños. Y no los culpo. Tienen todo la razón del mundo. Nos toman por unos putos friquis. Para ellos somos una especie de secta idiotizada y torpe. ¿Te has dado cuenta que te tropezamos continuamente? ¿De qué constantemente se nos caen las cosas de las manos? *Silencio*. ¿Te has dado cuenta o no?

TEO

¿Me lo cuentas o me lo dices?

CARMEN

Cuando nos visita algún amigo, no le hacemos ni caso. Ni siquiera escuchamos lo que nos dice. Aunque nos cuente que tiene un cáncer en fase terminal, que le quedan dos semanas de vida, que ha perdido el trabajo y no tiene cómo pagar la hipoteca, incluso si le han clavado un puñal en el pecho y necesita que llamemos a una ambulancia, incluso entonces, nosotros no le miramos a los ojos, sino que miramos de reajo lo que está haciendo nuestro hijo de los cojones. ¿No es irritante? ¡Por supuesto que lo es! ¡Deberían mandarnos a la mierda! ¡Deja de mirar de reajo a tu hijo y mírame a los ojos cuando te hablo, hostia puta, te estoy hablando de mi vida!, deberían gritarnos a la cara. Porque es cierto, hay que reconocerlo. La mirada de reajo es el signo distintivo de la maternidad. Nunca de frente. Siempre avizor. Nunca directamente, sino oblicuos siempre. ¿Cómo no nos va a doler la cabeza? ¿Cómo no vamos a perder el norte? ¿Me lo quieres decir? Luego, cuando crecen, cuando son tan mayores que no te permiten ni siquiera que les mires de reajo, tú tienes que aprender a mirar el mundo otra vez de frente. Y no es tan fácil. El nervio óptico se ha atrofiado, por no hablar de otras cosas. Muchos se quedan en el camino. Muchos se quedan con la mirada oblicua toda la vida, aunque sólo vean a sus hijos por Navidad o Semana Santa, días donde tienen la oportunidad de mirarles de nuevo de forma oblicua. Por eso hay tantas peleas en las reuniones familiares, tanta discordia. *Silencio*. ¿Dónde están mis amigos? ¿Dónde están las personas que yo conocía? ¿Aquellas personas alegres y divertidas? ¿Qué ha sido de ellas? ¿Quiénes son estos nerviosos y amargados individuos de mirada oblicua? Eso es lo que se preguntan nuestros amigos cuando vienen a visitarnos, mientras luchan denodadamente para que su mirada de frente se encuentre con nuestra mirada de reajo. Es imposible. Ellos lo intentan, por supuesto, hasta que se cansan. Hasta que se aburren. Entonces su mirada de frente se diluye en una apagada mirada al infinito. Luego se quedan en silencio, tristes, taciturnos, mientras nuestro hijo sigue berreando. Finalmente se marchan. Natural. Nunca más se les ve el pelo. No me extraña. *Silencio*. Tú y yo.

TEO

¿Qué?

CARMEN

Tú y yo, por ejemplo.

TEO

No te sigo.

CARMEN

Nuestro matrimonio.

TEO

Nuestro matrimonio. Tú y yo. Por ejemplo. ¿Tiene alguna finalidad este preámbulo?

CARMEN

Nuestros temas de conversación a lo largo de estos cuatro años. ¿Cuáles han sido?

TEO

¿El tiempo, el vértigo tecnológico, el imperialismo de los Estados Unidos, la invasión de los chinos, la *Champions League*, cómo se lo montan nuestras amistades, las virtudes del veganismo, sus defectos, a dónde vamos de vacaciones, la posibilidad de vida en el universo, cómo hemos cambiado, tus padres, la perversión de la democracia, mis padres, cuáles son los límites territoriales de la Unión Europea, el auge de la derecha y la sempiterna crisis de la izquierda?

CARMEN

No. De todo eso hemos intentado hablar en algún momento, pero nunca hemos terminado hablando *realmente* de ninguno de ellos.

TEO

¿No?

CARMEN

No. Créeme.

TEO

¿Y de qué hemos estado hablando todo este tiempo, si se puede saber?

CARMEN

De nuestro hijo. Sólo de *él*. Incluso cuando no queríamos hablar de *él*, incluso cuando luchábamos a brazo partido para no referirnos a *él*, terminábamos hablando de *él*, concluíamos en *él*, como si *él* fuera un agujero negro en lo más recóndito de nuestras cerebros y nuestras conversaciones una serie de estrellas que acababan siendo absorbidas por *él*. *Él* ha sido, durante estos cuatro años, el mar, y nosotros, los ríos que morían en *él*. Bastaba con rozarlo levemente, bastaba con citarlo, para que lo dejáramos todo a medio decir, a medio argumentar, a medio exponer y empezáramos a referirnos a *él*, repitiendo una y otra vez las mismas preocupaciones, los mismos lugares comunes, como si fuera la primera vez. Te lo comento porque no sé si te has dado cuenta.

TEO

¿Si me he dado cuenta? ¿Dónde crees que he estado todo este tiempo?

CARMEN

No sé. ¿En Marte? ¿En Júpiter? Dímelo tú.

TEO

No, en la Tierra. Me he prodigado por la Tierra, básicamente.

CARMEN

¿Y qué piensas al respecto?

TEO

Un planeta interesante. Contradictorio. Luz y sombras.

CARMEN

No, qué piensas sobre el hecho de que nuestro único tema de conversación haya sido y sea nuestro hijo.

TEO

Es la cosa más normal del mundo.

CARMEN

¿La cosa más normal del mundo?

TEO

Le pasa a todo el mundo.

CARMEN

¿En Marte también?

TEO

En toda la galaxia, de hecho.

CARMEN

Curioso.

TEO

Hablemos de nosotros.

CARMEN

¿Nosotros?

TEO

Aún estamos a tiempo.

CARMEN

Nosotros somos historia, cariño.

TEO

Cuéntame un poco de.

CARMEN

Una conversación interrumpida miles de veces.

TEO

¿Recuerdas cómo nos conocimos?

CARMEN

De la que es imposible retomar el hilo.

TEO

Una fiesta.

CARMEN

Lo que quiero decir es que en el mundo hay cosas más importantes que tener un hijo.

TEO

Una inauguración.

CARMEN

La realización personal, el reconocimiento, la ambición. Las becas de estudios y los viajes al quinto pino. Por no hablar de los conflictos bélicos y los nacionalismos. Oriente Próximo, Rusia, el sistema financiero mundial y la prima de riesgo. Pero todo esto es una tontería comparada con el hecho de ser padres. Es alucinante. *Silencio*. No me extraña que piensen que somos imbéciles. Como si fuéramos los primeros en traer un niño al mundo. No lo somos, por Dios bendito. Hace cinco mil años que viene sucediendo. No es para estar tan orgulloso. No hemos pintado la Capilla Sixtina, ¿me explico?

TEO

Llevabas un vestido abierto. Abierto por la espalda. Con todas tus pecas. Aún.

CARMEN

Esa obra la ejecutó Miguel Ángel.

TEO

Todavía.

CARMEN

A cada uno lo suyo, quiero decir. Tú y yo tan sólo hemos traído un hijo al mundo. Lo que quiero decir es: situemos las cosas en su propio contexto, ¿de acuerdo? Relativicemos un poco el asunto. Si las primeras células, por poner un ejemplo, se hubieran puesto tan histéricas con su división celular como nos ponemos nosotros con nuestros dichosos partos de las narices. En fin. El mundo sería una locura. Ya lo es. Pero más. Deberíamos aprender de las células, de su estoicismo. Uno de los rasgos más negativos de la evolución humana es esta especie de histerismo con la propia reproducción que manifiesta el *homo sapiens*. ¡Calmémonos un poco, ¿de acuerdo?! ¡No es para

tanto! *Silencio*. Pero es solo mi opinión, claro. No sé qué piensan en Marte ni en Júpiter al respecto. *Silencio*. ¿Qué piensan?

TEO

Calmémonos un poco, ¿de acuerdo?

CARMEN

Calmémonos. ¿Te importaría levantarte y bajar la calefacción a veintidós grados, cariño?

TEO

¿Ahora?

CARMEN

No, el año que viene.

TEO

Cuando he entrado tenía los labios azules.

CARMEN

Se está asando como un pollo. *Teo se levanta*. Gracias. *Silencio*. *Teo entra en la habitación*. Deberíamos aprender del sapo partero, que no se altera lo más mínimo con sus más de sesenta huevos pegados al anca. De la gallina común cuando contempla desapasionada su huevo diario. Del gato y del perro. De las esporas, que no tienen ningún reparo en dispersar sus propios vástagos en el aire sin ninguna esperanza de volver a encontrarlos. Ninguna. Esperanza.

Silencio. *Teo regresa y se sienta a su lado*.

TEO

¿Decías?

CARMEN

¿Cuánto tiempo llevamos así?

TEO

Quince años.

CARMEN

No, me refiero a cuánto tiempo hace que se ha dormido.

TEO

Diez minutos escasos.

CARMEN

Quince años. *Pausa*. *Mirándolo*. ¿Quién eres, si se puede saber? ¿Quién coño eres tú?

TEO

Ni idea, cariño. Tu marido.

CARMEN

Mi marido. ¿Eso es todo lo que puedes decir de ti mismo?

TEO

No empieces.

CARMEN

Sabes perfectamente que no podemos empezar de nuevo.

TEO

Tendremos que hacerlo.

CARMEN

¿Vivir y todo eso?

TEO

Vivir y todo eso.

CARMEN

¿Qué edad tengo?

TEO

Estás más allá de los cuarenta y cinco pero aún te queda un trecho hasta convertirte en una vieja inválida, si es eso lo que preguntas.

CARMEN

¿Esta es nuestra casa? *Silencio. Mira en derredor.* ¿Hijos?

TEO

¿A qué viene esto?

CARMEN

Marido, contéstame.

TEO

Una indolente tarde invernal, uno de mis espermatozoides se inmoló en tu óvulo y pasó a un estado mayor de consciencia llamado cigoto. A éste le siguieron otros niveles de consciencia mucho más desarrollados llamados, a su vez, mórula y blástula, hasta alcanzar un determinado nivel de espiritualidad denominado embrión. A lo largo de este camino de perfección, el así llamado cigoto no sólo cambia de forma, sino que también viaja en el tiempo. Puede observar nuestra infancia, el pasado de nuestros padres. Y todo ello mientras viaja al futuro para ver cómo y dónde damos nuestro último suspiro. El embrión, por tanto, puede contemplar nuestra muerte y nacimiento, la de nuestros padres, abuelos, tatarabuelos, abarcando un espectro de tiempo cada vez más amplio conforme crece y desarrolla sus órganos internos. El cenit de este proceso se alcanza en el llamado parto, cuando el entonces llamado cigoto y ahora llamado feto se convierte verdadera y definitivamente en El Tiempo. Y desde entonces nosotros viajamos en él.

CARMEN

¿Eso es un sí o un no?